



YO, INDIVIDUO, POETA, PROFETA Y MITO

O. C. Tramo X

EL. — Parece imposible, señor mío, que en los tiempos que corren profese usted todavía ese individualismo desenfrenado...

Yo. — En primer lugar, caballero, yo no vivo en los tiempos que corren sino en el tiempo que se queda y no profeso *todavía* sino que profeso *ya* ese que usted llama individualismo desenfrenado, y que es la fe del porvenir, del eterno porvenir, del que será porvenir siempre, del reino de la libertad...

EL. — Es que vivimos en el presente.

Yo. — ¿Está usted seguro de ello?

EL. — ¡Pues no he de estarlo!

Yo. — ¡Pero yo no!

EL. — ¿Pues en qué vivimos?

Yo. — Usted no lo sé, yo en el pasado y en el porvenir a la vez. Y mire, señor, no vamos hacia el mañana, hacia el pasado mañana más bien, como quien va en un auto de cara hacia adelante y viendo venir a él los campos que ha de recorrer, el puente que ha de pasar, la cuesta que ha de subir o bajar, sino que vamos de espalda al mañana y de cara al ayer y viendo pasar, en sentido inverso al de nuestra marcha, lo que ya hemos recorrido.

EL. — ¿Y cómo guiar así el auto?

Yo. — Es que nos lleva y no le llevamos. Y en todo caso hay una manera de guiarlo y es con un espejo, teniendo en la trasera del carruaje un gran espejo, y así podemos guiarlo de espalda a la dirección de su marcha.

EL. — Pues es un modo de ver el porvenir ese del espejo...

Yo. — Acaso... Sólo que el espejo a las veces... Y hay que saber interpretarlo. Y nadie le interpreta mejor que el profeta.

EL. — ¿Pero usted cree en los profetas?

Yo. — Como entiendo por profeta otra cosa que usted, creo en ellos. Porque profeta, en el rigor originario de su significación, no quiso decir el que predice lo que ocurrirá sino el que dice lo que los otros callan o no quieren ver, el que revela la verdad de hoy, el que dice las verdades del barquero, el que revela lo oculto en las honduras presentes, el poeta, en fin, el que con la palabra crea.

EL. — ¿Y qué crean el poeta o el profeta?

Yo. — Lo que ha de ocurrir. Y así el profeta predice y augura y anticipa y adivina; no porque diga lo que ha de ocurrir sino porque ocurre lo que él dice. El que escribe historia hace historia. El que crea un mito crea una fuente de realidades futuras. ¿Y sabe usted a lo que en esta tierra llaman los charros, los campesinos, poeta?

EL. — Cuando me lo diga lo sabré.

Yo. — Pues en esta tierra *poeta*, lo mismo que *calendariero*, es el que escribe, en verso ¡claro está!, el pronóstico del calendario, el juicio del año y si será seco el otoño o blando el invierno o fría la primavera. Y así el barquero aquel del Mondego, en Coimbra, al preguntarle qué poeta conocía, contestó: «¿poeta o zaragozano?». Y es que el verso se hizo para coplas con que se acompañe, y con guitarra, al baile, para celebrar crímenes espeluznantes y para hacer juicios del año.

EL. — ¿Y esto, qué tiene que ver con lo otro?

Yo. — ¿Qué? Que el poeta, o el profeta, si usted prefiere, hace el juicio del otro año...

EL. — ¿Y nieva en tales días porque él lo dijo, no?

Yo. — Sí; hay revolución porque él la cantó.

EL. — Todos los días hay revolución en alguna parte, como todos los días nieva sobre alguna tierra o sobre otra nieve.

Yo. — ¡Naturalmente! Y se hace revolución o nevada universal aquella que el poeta canta. ¿No ha oído usted hablar del diluvio universal? Pues es universal porque lo ha universalizado el relato del Génesis. Y esto lo hizo un individuo. Porque sólo el individuo crea.

EL. — ¿Pero no sabe usted aquello de Natorp de qué el individuo es, como el átomo, una abstracción?

Yo. — Yo diría más bien un mito, y ahí está su fuerza.

EL. — ¿De modo que usted es un mito?

Yo. — ¡Pues claro, hombre, pues claro! Soy un mito que me estoy haciendo día a día, según voy llevado al mañana, al abismo, de espalda al porvenir. Y mi obra es hacer mi mito, es hacerme a mí mismo en cuanto mito. «Que es el fin de la vida hacerse un alma», como dije al final de uno de mis *Sonetos*. Y si el individuo es una abstracción el universo es otra. Una parte que no es más que parte es tan abstracta como un todo que no es más que todo.

EL. — Empiezo a marearme...

Yo. — Ese es el camino de la profecía.

EL. — ¿Cuál, marearse?

Yo. — Sí, marearse. Cuando lo vea usted todo patas arriba empezará a ver proféticamente. Y por eso para poder profetizar se emborrachaban muchos. Con alcohol o con lo que sea.

MIGUEL DE
UNAMUNO

ILUSTRACIÓN DE DELUCCHI



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES